

Dossier

ARRUPE

John
jesuitas



ÍNDICE

BIOGRAFÍA	3	PERSONALIDAD	4
ESPIRITUALIDAD: UNA MIRADA AL INTERIOR DE ARRUPE			
	10		
UN HOMBRE PARA LA COMPAÑÍA Y PARA LA IGLESIA	13		
BIBLIOGRAFÍA	17		

De Bilbao a Japón

Pedro Arrupe nace el 14 de noviembre de 1907 en Bilbao, en la calle de "La pelota". Sus padres, Marcelino Arrupe, arquitecto, y Dolores Gondra, eran ambos naturales de Munguía, localidad vizcaína cercana a Bilbao.

Es el último de cinco hijos de una familia profundamente católica y al día siguiente de nacer recibe el bautismo en la basílica de Santiago, actualmente catedral. El primero de octubre de 1914 ingresa en el colegio de los Escolapios de Bilbao, en el que cursará el Bachillerato hasta 1922.

El 29 de marzo de 1918 ingresa en la Congregación Mariana de San Estanislao de Kostka, dirigida por el P. Basterra, el primer jesuita que conoció Arrupe. En 1923 comienza el primer curso de Medicina en la Facultad de San Carlos de Madrid, obteniendo unas notas extraordinarias. Tras la muerte de su padre en 1926, hace con sus hermanas un viaje a Lourdes.

El 25 de enero de 1927 ingresa en el noviciado de los jesuitas en Loyola, a pesar de las insistencias para que continuara sus estudios por parte de su profesor y después presidente del gobierno de la república, Juan Negrín.

Poco después de haber comenzado sus estudios de Filosofía en el monasterio de Oña (Burgos), en 1932 llega el decreto de disolución de la Compañía de Jesús en España. Arrupe parte al destierro con sus compañeros y profesores. Continuarán sus estudios en Marneffe (Bélgica). Para cursar Teología le envían a Valkenburg (Holanda), entre 1933 y 1936.

El 30 de julio de 1936 recibe la ordenación sacerdotal en Marneffe y en septiembre se traslada a los Estados Unidos para completar sus estudios de Teología en el St. Mary's College de Kansas. Después de realizar el año de "tercera probación" en Cleveland (Ohio), el curso espiritual que los jesuitas siguen al terminar los estudios, el 7 de junio de 1938 recibe una carta del Padre General destinándole a la misión de Japón, que había solicitado ya muchas veces a sus superiores. Ese mismo año, el 30 de septiembre, embarca en Seattle rumbo a Yokohama.

Clase de medicina, con Severo Ochoa entre sus compañeros.

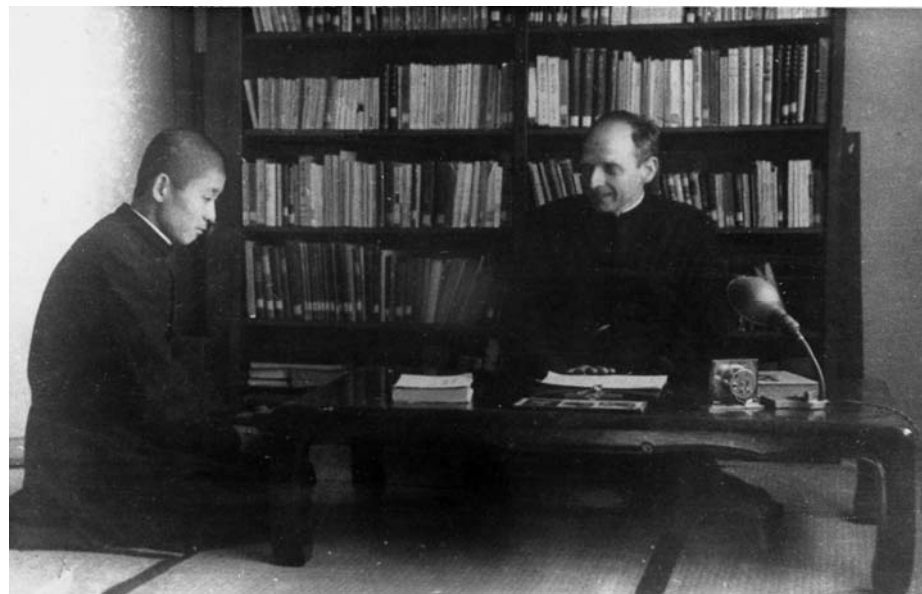


Testigo de Hiroshima

Después de varios meses de aprendizaje de la lengua y costumbres japonesas, en junio de 1940 es destinado a la parroquia de Yamaguchi, tan llena de recuerdos de San Francisco Javier. **Al día siguiente de entrar Japón en la II Guerra Mundial, el 8 de diciembre de 1941, Arrupe es detenido e interrogado como sospechoso de espionaje.** Es encarcelado en una celda de dos por dos metros. Al cabo de un mes es puesto en libertad. Su comportamiento y conversación provocó admiración entre sus carceleros.



En marzo de 1942 es nombrado maestro de novicios y vicerrector de la casa del noviciado, que se encuentra en Nagatsuka, una colina a las afueras de Hiroshima. Allí, el 6 de agosto de 1945, a las ocho de la mañana, Arrupe es testigo de la explosión de la bomba atómica en Hiroshima, experiencia terrible que sin duda marcó profundamente su vida. Inmediatamente convierte el noviciado en un hospital de emergencia, aprovechando sus conocimientos médicos. Cerca de 200 personas son atendidas por una comunidad que apenas cuenta con medios para ello. Más tarde, Arrupe escribiría un libro sobre esta experiencia: "Yo viví la bomba atómica".



En 1954 es nombrado viceprovincial del Japón y en 1958, cuando Japón se convierte en nueva provincia de la Compañía de Jesús, será su primer padre provincial, hasta 1965. Durante estos años viaja por todo el mundo pronunciando conferencias para dar a conocer y recabar fondos para la misión del Japón.

El 7 de mayo de 1965 da comienzo la Congregación General 31 de la Compañía de Jesús, que debe elegir el sucesor de P. Juan Bautista Janssens. Arrupe participa en ella como provincial del Japón y el 22 de mayo de 1965, en el tercer escrutinio, es elegido Superior General. Se convierte, pues, en el 28º sucesor de San Ignacio de Loyola y máximo responsable de los jesuitas en el mundo.

Junto a candidatos prestigiosos y conocidos, el profesor de historia contemporánea Gianni La Bella señala que “Arrupe es un misionero de la base, un hombre que viene de lejos, que había estado 27 largos años en el Japón, en la periferia remota de la Orden, que ha crecido y ha concentrado hasta entonces todas las energías de su vida en el ideal misionero, extraño a la cultura y a la mentalidad dominante en la compleja realidad del aparato eclesiástico curial romano (...). Su elección representa un signo fuerte de discontinuidad y ruptura con las expectativas y deseos del *establishment* curial romano y dentro de la misma Orden”.

No sorprende pues que su acción al frente de la Orden haya sido objeto de incomprensiones o valoraciones opuestas.

El P. Arrupe se encuentra liderando la Compañía de Jesús en tiempos azarosos y renovadores para la sociedad humana y también la Iglesia.

Ya siendo provincial había reflexionado sobre la situación de la Compañía de Jesús y los cambios que se imponían, ante los nuevos tiempos, puesto que percibía las muchas y radicales transformaciones que estaban teniendo lugar en el mundo y la Iglesia a comienzos de los sesenta –con el rumbo que marca el Concilio Vaticano II– y la urgencia de adecuar la misión de la Compañía de Jesús a esta nueva era.

Por ese motivo tuvo que sufrir incomprensiones y contradicciones de todas partes, incluso, a veces, de las más altas instancias de la Iglesia. Pero marcó un camino, hoy ya irrenunciable para la Compañía de Jesús, que influiría también en otros sectores de la sociedad.



Fe y justicia



Durante su generalato, la actividad de Pedro Arrupe fue incansable: **viajó por los cinco continentes, promovió la fe y la justicia, impulsó el diálogo con los no creyentes, creó el Servicio Jesuita a Refugiados** y trabajó activamente por cambiar las estructuras sociales en busca de una sociedad más justa y solidaria. Se convierte en agente de renovación y del renacer de la vida religiosa, y en una de las figuras más significativas de la Iglesia del siglo XX.

A finales 1965, recién elegido como Superior General, **participa en la cuarta sesión del Concilio Vaticano II**, en la que habla sobre el ateísmo y la actividad misionera de la Iglesia.

Preside la Unión de Superiores Generales, participa en los sínodos convocados por la Santa Sede, es consultor en dicasterios de la Curia romana, aparece en medios de comunicación, su voz es buscada y crea opinión, también más allá del ámbito religioso.

Se incrementa la actividad de los jesuitas en la defensa de la paz y los derechos humanos. La opción preferencial por los pobres y la lucha por la justicia se convierten en rasgo distintivo de los jesuitas. Introduce también un nuevo estilo de gobierno, basado en la relación personal, los contactos directos y la confianza. Arrupe visita a menudo los lugares donde viven y trabajan los jesuitas.



En 1973 convoca la **Congregación General 32 de la Compañía de Jesús**, que empieza en diciembre de 1974 y supondrá un hito fundamental en la historia de los jesuitas, especialmente por la proclamación de que la fe en Dios ha de ir insoslayablemente unida a la lucha infatigable contra las injusticias que pesan sobre la humanidad.

El 14 de noviembre de 1980 crea oficialmente el Servicio Jesuita a Refugiados. Arrupe había percibido el drama de los refugiados como un reto de la Compañía. Fue uno de los últimos legados de Arrupe como general, ante la visión de la necesidad de millones de personas arrancadas de sus hogares y el reto que suponía este apostolado.

Renuncia y enfermedad

El proceso que vive la Compañía de Jesús bajo el liderazgo de Arrupe despierta preocupación dentro y fuera de la Compañía, abriendo un periodo de tensión en la relación entre los jesuitas y la Santa Sede. En 1980 el P. Arrupe, después de realizar las consultas pertinentes a los asistentes generales y provinciales, decide presentar a la Congregación General su renuncia como Superior General. Sin embargo, el papa Juan Pablo II le pide que continúe en el cargo y no le permite iniciar el proceso para la presentación de su renuncia y la elección de su sucesor.



El 7 de agosto de 1981, de vuelta de un viaje a Asia, donde había ido a visitar a los jesuitas de aquella parte del mundo, ya en Roma, de camino del aeropuerto a la ciudad, **sufre una trombosis cerebral** que le deja incapacitado del lado derecho.

El 26 de agosto el Papa nombra un **delegado personal** para atender al gobierno de la Compañía en la persona del jesuita P. Dezza. Se interrumpe así el proceso normal de nombrar un sucesor por medio de una Congregación General. El P. Arrupe, y con él toda la Compañía, reaccionaron con dolor pero con obediencia total a las decisiones del Papa.

El 3 de septiembre 1983, reunida por fin la Congregación General, acepta su renuncia. Pocos días después, el P. Peter-Hans Kolvenbach es elegido como sucesor suyo. Su primer gesto fue abrazar al P. Arrupe mientras le decía: "Ya no le llamaré a usted Padre General, pero le seguiré llamando padre".

Durante casi 10 años Pedro Arrupe vivió **marcado por su enfermedad**, condenado a la inmovilidad física, con graves dificultades para expresarse. Su cuerpo va debilitándose y vive un tiempo de oración y dolor, confortado por las muchas visitas que recibe.

El P. Arrupe murió el 5 de febrero de 1991, a la edad de 83 años, en la enfermería de la curia general de los jesuitas en Roma. La misa de exequias, el 9 de febrero en la iglesia del Gesù, en Roma, fue presidida según marca la tradición por el Maestro General de la Orden de Predicadores, Damian A. Byrne, y concelebrada por 300 sacerdotes. La homilía fue pronunciada por el P. Kolvenbach y su cuerpo fue enterrado en el cementerio del Campo Verano. Desde 1997 sus restos mortales reposan en la misma iglesia del Gesù.



Era por naturaleza un hombre optimista y alegre, además de un gran idealista.

Resaltaban los ojos claros en su cuerpo delgado y ascético, cubierto por la negra sotana, así como su porte aristocrático y su compostura. Conseguía no dejar indiferente a nadie, cautivador en las palabras y en los gestos. Poseía un gran sentido del humor que revelaba a un hombre equilibrado, seguro e internamente libre: una seguridad y libertad basada no en él mismo, sino en Dios, en su fe y confianza en Él.

Cuenta el jesuita Francisco Ivern, que trabajó con él durante once años (1968-1979) que **“Arrupe dormía poco y rezaba mucho, a pesar de su cargada agenda”**, y le define como “un hombre de Dios, no simplemente porque rezaba, sino porque siempre pensaba, hablaba y actuaba desde una perspectiva divina”. Se dejaba guiar siempre por el espíritu y creía que el Espíritu guiaba la Iglesia.

Hay quienes lo definen como cándido y discreto, agradable, afable y caritativo. Tenía temperamento intuitivo y carismático, pero también reprendía y corregía de forma severa cuando hacía falta. En su manera de gobernar primaban el diálogo, el conocimiento de las personas, los problemas y los lugares donde desempeñaban su ministerio. Arrupe preguntaba mucho con preguntas limpias, directas, de quien necesita aprender del otro y no lo disimula.

“Mi hobby es estar con la gente” le contestó en una ocasión a un periodista de la RAI italiana.

Y así, en los encuentros con Arrupe, él lo era todo para su interlocutor, hasta el punto de que éste llegaba a experimentar que era la única persona en el mundo para Arrupe y que disponía de todo su tiempo para él.

En su modo de gobernar no actuaba como un político o un diplomático, lo cual le supuso las críticas de algunos. “Don Pedro”, le llamaban sus íntimos colaboradores, que consideraban que no era sencillo trabajar con él porque tenía ideas fuertes. “Si los vascos son tozudos, él era un auténtico vasco” decían, si bien el discrepar de sus ideas nunca impedía la colaboración.

Vivió con una gran simplicidad y muy pobremente, totalmente desprendido. Viajaba siempre como un hombre pobre, con su pequeño bolso de mano, con lo mínimo imprescindible.

” Un hombre de Dios, no simplemente porque rezaba, sino porque siempre pensaba, hablaba y actuaba desde una perspectiva divina

Su brillante personalidad le hizo muy popular en los medios de comunicación. Era consciente de la necesidad de usarlos para hacer bien a la Compañía y la Iglesia y difundir mejor el Evangelio. En esto, como en otras muchas cosas, destacó por ser un hombre moderno. **Fue un gran comunicador** y sus últimos años debieron de ser duros para él porque la enfermedad que lo llevó a la muerte en forma gradual lo privó no sólo de su capacidad de movimiento, sino también de su comunicación con los demás, y de hacerse entender, y para un comunicador nato como él, no poder conversar con los demás debió de ser una severa prueba.

Le gustaba cantar, la música, el teatro y la ópera y también le encantaba escuchar chistes. **Hablaba siete lenguas, entre ellas el japonés.**

Pero la identidad más profunda y verdadera de Arrupe fue la misionera. Fue siempre esencialmente misionero. La figura de San Francisco Javier ejercerá un profundo influjo en su vocación religiosa y jesuita. Sus 27 años en Japón los focalizó en la inculturación, en el vaciamiento de todo lo que traía aprendido y en el aprendizaje de toda la realidad de los japoneses.

A los jesuitas que partían a países de misión, les decía “Deje en su tierra, al pasar la aduana, el bagaje de muchos de sus gustos, de su mentalidad, de sus aficiones; lleve consigo un amor grande a Cristo, y esto en abundancia, pues el resto no lo va a necesitar, le va a pesar mucho”.

consecuencias de la bomba atómica en Hiroshima, otros consideran que su verdadero dolor fue constatar el aparente “fracaso” de tanto esfuerzo misionero. Así lo describía él:

“Nuestro trabajo era un desesperante derroche de energía, el resultado práctico unos cuantos bautismos, cuyo número, si llenaba los dedos de la mano, lo llamábamos éxito sin precedentes... Había momentos de desaliento, que tenían un solo antídoto eficaz: ir avanzando hasta el fondo del problema, hasta la raíz de todo este misterio de salvación de las almas, hasta el mismo Corazón de Cristo; postrarme en el tatami de nuestra vieja capilla, como Él en el suelo de Getsemaní, buscando consuelo con Cristo en la oración desconsolada: Padre, si es posible...; pero no se haga mi voluntad...”

Una vez nombrado P. General, el P. Arrupe mantendrá su vocación misionera, de hombre que se hace todo a todos, solo que ahora su mundo de misión era mucho más amplio y plural. Y difundirá el Evangelio, no sólo a los que no habían recibido el anuncio, sino a los que lo escucharon “al borde del camino” y se les secó, a los que abiertamente lo rechazaban y a sus propios hermanos jesuitas, a quienes no hará otra cosa que movilizar a una nueva evangelización. A partir de ese momento, el Concilio sería para él su programa misionero y su primer campo de inculturación sería entonces la Compañía.

Decía su compañero Francisco Ivern SJ, hace unos años, al final del libro “Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús” (ed. Gianni La Bella, Mensajero):

“No sé si algún día el P. Arrupe será beatificado y canonizado oficialmente (...) Para quienes lo conocieron íntimamente o para quienes estuvieron en contacto con él, sin prejuicios y con un corazón y mente abiertos, es evidente **que Arrupe era, en efecto, un hombre de Dios. Extremadamente pobre, humilde y nada egoísta; un hombre para los demás;** un hombre libre de apegos a las cosas terrenales y libre de ambiciones humanas; un hombre que vivía con fe, aquí y ahora, lo que tan ardientemente deseaba y esperaba: estar unido en amor con Dios el Padre, unirse a Cristo, su Señor y Maestro, en una compañía vital inseparable; y estar totalmente en comunión con el Espíritu que inspiraba y guiaba todos sus pensamientos y acciones”.

Una mirada al interior de Arrupe

Un hombre de Dios

es la expresión más repetida sobre su persona por aquellos que le conocieron. Lo dijeron de él, tanto en vida como después de su muerte, tanto sus detractores que le achacaban debilidad en el gobierno o las tensiones con el Vaticano que surgieron durante su generalato, como sus admiradores. Tanto sus hermanos jesuitas, como los que no lo eran.



Porque Arrupe, además de optimista empedernido, hombre cercano y afable, de desbordante simpatía y un “enamorado de las personas” fue, por encima de todo, un hombre espiritual que oraba mucho e instaba a los suyos a rezar.

La suya es una espiritualidad antigua, marcada por las devociones, la primera de todas al Santísimo Sacramento, al Sagrado Corazón de Jesús y la devoción privada “del voto de perfección”, de buscar y hacer en cada circunstancia de la vida la voluntad de Dios.



El mejor Arrupe es el tomado por la experiencia de los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola, el que descubre al misionero que es Cristo, el que llega al vaciamiento entero. Así lo expresaba el jesuita Ignacio Iglesias, quien trabajó directamente con él en Roma durante nueve años y medio (1972-1981).

Para él sus 27 años en Japón son “lo mejor de su mística”, pero lamentablemente muchos de sus textos personales son poco conocidos al estar redactados en japonés.

A quien le preguntaba qué significaba para él Jesucristo respondía “Todo. Para mí Jesucristo es todo...Fue mi ideal desde mi entrada en la Compañía, fue y sigue siendo mi camino, y ha sido siempre mi fuerza. Quitad a Cristo de mi vida y todo se desplomará, como un cuerpo al que se le quitase el esqueleto, el corazón y la cabeza”.

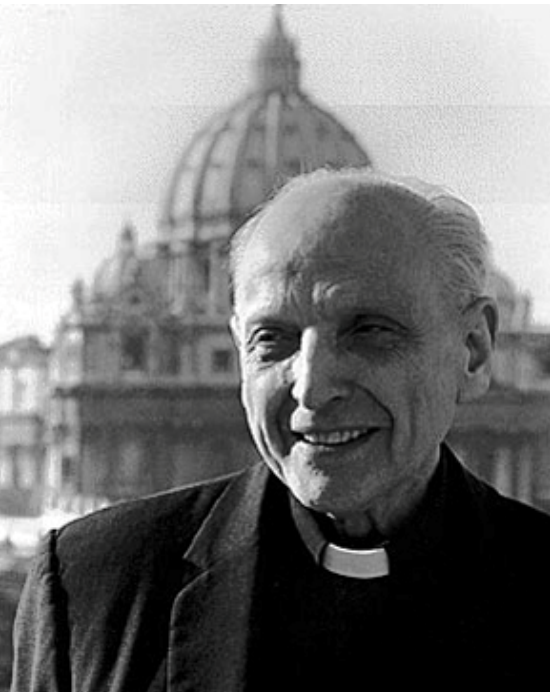
La respuesta para Arrupe a ese amor incondicional de Dios era la disponibilidad incondicional. Y el ejercicio de esta disponibilidad pasaba, al modo de Ignacio de Loyola, por el discernimiento que para Arrupe era el estilo cristiano de caminar preguntando, para caminar vaciándose.

Siempre contaba con tiempo para su oración personal, otras prácticas espirituales, plegarias comunitarias y celebraciones eucarísticas. Siempre estaba pensando en categorías de Dios y de su Reino. Dios era lo absoluto en su vida; lo demás era relativo.

Las oraciones que conocemos de él desvelan que el manantial de donde brotaba su vitalidad humana y apostólica era Dios. Una de las más conocidas es la de su voto de perfección. Un voto que, siendo todavía un jesuita en formación, consistió en no hacer nunca otra voluntad que la de su Padre. La oración comienza así: “Aquí vengo, Señor, para deciros desde lo más íntimo de mi corazón y con la mayor sinceridad y cariño de que soy capaz, que no hay nada en el mundo que me atraiga, sino Tú solo, Jesús mío”. Estar siempre disponible para Dios fue la gran pasión de su vida.

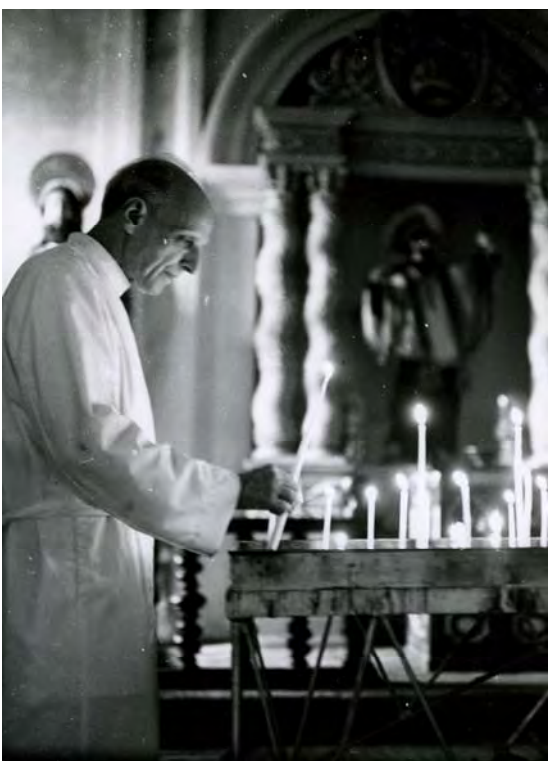
La víspera de su trombosis cerebral, al final de su visita a Filipinas y Tailandia, instaba a sus compañeros jesuitas en Bangkok a rezar: **“¡Por favor, sed valientes! Os diré una cosa. No la olvidéis. ¡Orad, orad mucho! Estos problemas no se resuelven con esfuerzo humano. Estoy diciéndoos cosas que quiero recalcar, un mensaje, quizás mi canto de cisne para la Compañía”**. Sin duda sería su canto de cisne, su despedida. Aunque quizá lo mejor de su mística se encontrara oculto en su interior durante los casi diez años de enfermedad en los que perdió buena parte de su capacidad de comunicación y su vida “externa” quedara muy reducida. Ya todo fue “vida oculta”.

Renovación espiritual en la Compañía



Al modo de Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, Arrupe fue un verdadero contemplativo en la acción.

Su propia experiencia le llevó a dirigir una verdadera renovación espiritual de la Compañía como superior de la misma. Centrada en cuatro aspectos fundamentales de la espiritualidad ignaciana: la experiencia de Dios, el dinamismo apostólico, la oración como unión ordinaria con Cristo y la vida comunitaria que se plasman en el importante documento “Integración real de vida espiritual y apostólica”. Propone una renovación que llegue a la unidad profunda de la persona, transformándola; deseando una conversión del corazón.



La experiencia del Absoluto de Dios tiene en la espiritualidad ignaciana una forma concreta de vivirse: “encontrar a Dios en todas las cosas”. Arrupe propone que este ideal sea vivido con sinceridad y cree que en él radica la renovación del dinamismo apostólico. Y es en la “disponibilidad” o “indiferencia ignaciana” donde ve la actitud del contemplativo en la acción. Por eso, cuando Arrupe desea que la Compañía renueve su dinamismo apostólico, propone en primer lugar la renovación, en cada jesuita, de la capacidad de percibir, desde una profunda disponibilidad, crear nuevas formas de apostolado que respondan a las urgencias del mundo.

La reforma espiritual para la Compañía la centra en reorientar el camino de la orden a la luz de una nueva síntesis espiritual, fruto de las indicaciones del Concilio y de la lectura de los signos de los tiempos, a través de la gracia del discernimiento. Así, uno de sus méritos fue haber sabido redescubrir y recolocar en el centro, tanto en la vida personal de todo jesuita como en el apostolado de la orden, la práctica, el estudio y la difusión de los Ejercicios Espirituales y también de las Constituciones.

UN HOMBRE PARA LA COMPAÑÍA Y PARA LA IGLESIA

Pedro Arrupe dirigió la Compañía de Jesús en un momento particularmente convulso para la Iglesia y para la Humanidad. Tras el Concilio Vaticano II, en la calle, en la Iglesia y en la Compañía había quien quería cambiarlo todo y quien luchaba porque nada cambiara. En el contexto de esos debates, el de Arrupe es un liderazgo inclasificable: no funcionan con él las etiquetas que habitualmente se emplean para referirse a corrientes, ideologías o sectores.

Su rica experiencia misionera lo preparó para guiar a la Compañía en la novedad que el Espíritu había inspirado en la Iglesia del Vaticano II. Un Concilio que llevó hasta sus últimas consecuencias el nuevo mandamiento del amor, y abrió la Iglesia al diálogo con el mundo.

Convencido de que el Vaticano II era una obra del Espíritu, Arrupe fue uno de sus principales impulsores e hizo cuanto estuvo en su mano, con suavidad pero con fortaleza, para que los jesuitas de todo el mundo entraran por esa vía. Lo hizo con sus visitas y viajes, con sus orientaciones, con sus cartas, con sus exhortaciones, y demás medios de gobierno propios de un instituto religioso y, sobre todo, con su ejemplo.

Arrupe ejercía la autoridad de un modo evangélico. Daba directrices y buscaba que se cumplieran, pero escuchaba a quien quería presentarle otro punto de vista y llamaba paternalmente para que la orden en cuestión surgiera como resultado de un conocimiento iluminado. Arrupe inaugura un nuevo método de gobierno en la Compañía de Jesús, implicando directamente a los provinciales y a través de ellos a los superiores locales.



Más allá del ámbito interno, Arrupe extendió por todo el planeta su generosidad de hombre, de sacerdote y de religioso: fue, como él mismo se definió, «un hombre para los demás».

Monseñor Romero fue a visitarlo el 25 de junio de 1978 y en su diario nos dejó estas palabras: «El P. Arrupe es un hombre santo y se ve que el Espíritu de Dios lo ilumina».

Arrupe fue un impulsor optimista del Concilio. Un “optimismo realista, lleno de confianza en el Espíritu Santo que guía a la Iglesia y a la Compañía. No se trata de mantener un recuerdo nostálgico del tiempo pasado, ni un resentimiento o descontento por los cambios difíciles que probamos en el interior de la Compañía o fuera de ella”.

UN HOMBRE PARA LA COMPAÑÍA Y PARA LA IGLESIA



En sus afirmaciones sobre el debate que suscitó el Concilio encontramos ideas de gran vigencia también para los momentos actuales de la Iglesia: “Si bien no se puede exigir de todos el mismo grado de optimismo, sí se nos impone a todos al menos la exigencia de no admitir jamás el pesimismo”. **Para Arrupe los cambios que vive la Iglesia son un don de Dios que merece nuestra fidelidad total.**

Debe tenerse en cuenta además que su responsabilidad eclesial fue grande al compaginar su condición de General de los jesuitas con la de presidente de los Superiores Generales de institutos religiosos, ésta última durante 17 años. Ignacio Ellacuría SJ afirmó que «no sería exagerado decir que lo que Juan XXIII supuso para la renovación de la vida eclesial, en general, lo ha supuesto el Padre Arrupe para la renovación de los religiosos, en particular”. Arrupe no dudó de la vitalidad de la vida religiosa ni de su enorme utilidad, siempre que se renovara como lo exigía el Concilio y como lo demandaban la nueva realidad histórica y su conciencia correspondiente.

Sus tomas de postura apostólicas no fueron siempre bien entendidas en la Santa Sede. Pero en ello también, la postura de Arrupe resulta difícilmente clasificable desde parámetros externos.

Tras el Concilio, Arrupe participa en todos los sínodos convocados en Roma por la Santa Sede. Es consultor de varios dicasterios de la Curia romana: desde la Congregación de los Religiosos hasta la de Propaganda Fide. Participa en la II y III Conferencias Generales del episcopado latinoamericano, en 1968 en Medellín, Colombia, y en 1979 en Puebla, México.



Arrupe es una de las principales figuras de la Iglesia en el siglo XX

UN HOMBRE PARA LA COMPAÑÍA Y PARA LA IGLESIA

La relación entre Arrupe y la Iglesia está marcada por una devoción muy personal y muy honda a la Iglesia y a los Papas, en fidelidad al carisma y ejemplo de San Ignacio. Había en Arrupe, ante todo, un gran afecto a la Iglesia que supera todas las dificultades. Hay que “sentir” afecto por la Iglesia, con todo lo que supone el “sentir” ignaciano: “un conocimiento impregnado de afecto, fruto de experiencia espiritual, que compromete a todo el hombre” (Conferencia *Servir solo al Señor y a la Iglesia*). Una sensibilidad que interpela a todos los cristianos.

Dos momentos: Congregación General XXXII y creación del SJR

Aunque todo el generalato del Padre Arrupe fue profético, el momento probablemente más decisivo fue la XXXII Congregación General (1974-1975), que él convocó, presidió y animó, con el propósito de acordar las grandes líneas de renovación que debían asumirse a la luz del Vaticano II.

La Congregación General XXXII ha pasado a la historia sin embargo por otros motivos: en aquella ocasión, la Compañía realizó la «opción decisiva» de «comprometerse, bajo la bandera de la Cruz, en la batalla crucial de nuestro tiempo: la batalla por la fe, y la lucha que comporta la justicia (...) viendo en esa opción el elemento central que define en nuestro tiempo la identidad de los jesuitas en su ser y su obrar» (Declaración: Los jesuitas hoy, nn. 2 y 3). La Congregación formuló la célebre definición de la misión de los jesuitas: “la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, de la que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta porque forma parte de la reconciliación entre los hombres querida para su reconciliación con Dios” (Decreto 4: “Nuestra misión hoy: diaconía de la fe y promoción de la justicia”, n. 2).



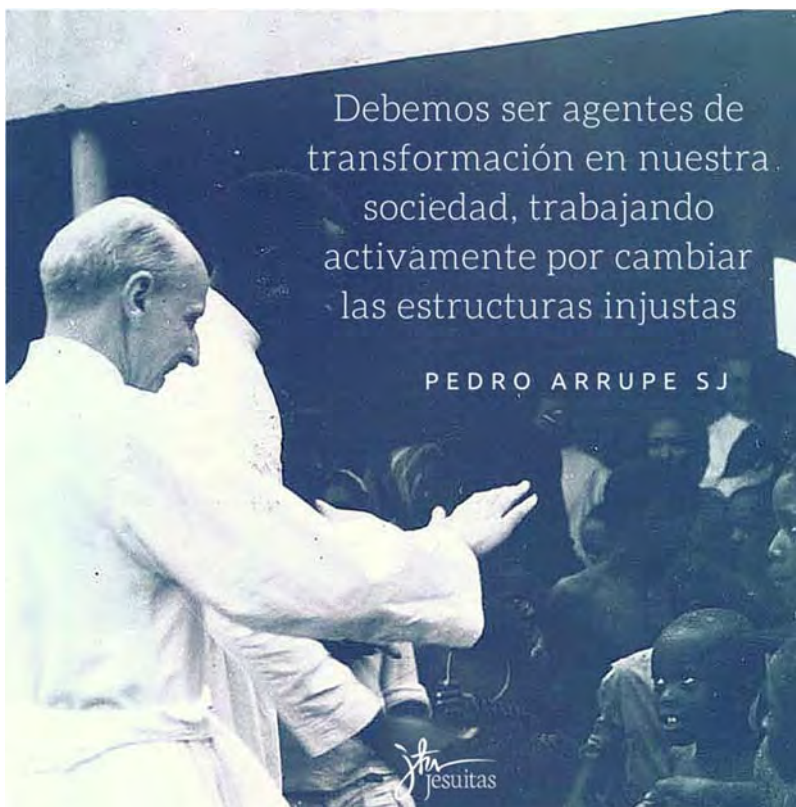
Con esa idea, Arrupe pretendía llevar a la Compañía de Jesús a la nueva realidad, constatando que ya no se podían dar respuestas antiguas a los problemas del momento. La Iglesia no podía dar la espalda a las injusticias humanas, y debía ser verdaderamente profética, denunciando cualquier injusticia, y tratando de transformar el mundo en un lugar más justo. Esta opción llevó a los jesuitas de todo el mundo en las décadas siguientes a ponerse del lado de las víctimas y a denunciar las estructuras injustas que las generan.

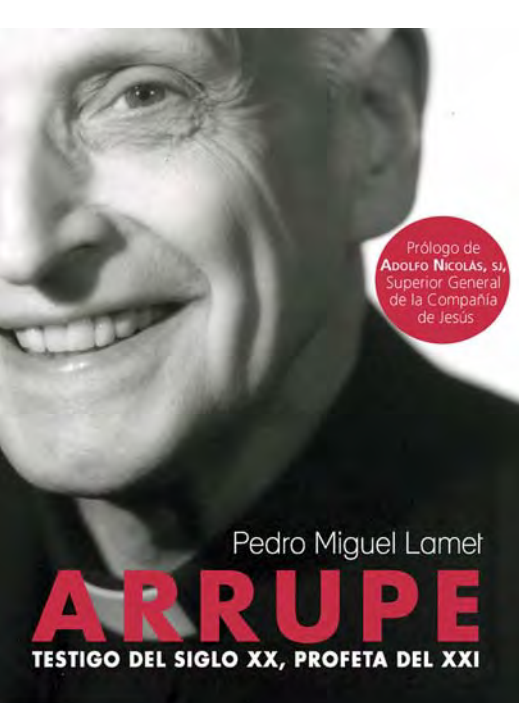
Fruto de ese compromiso, el 14 de noviembre de 1980, el P. Arrupe creó oficialmente el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS), una de sus últimas grandes decisiones como General. Cuentan que una mañana reunió a sus Asistentes Generales y les sorprendió con la siguiente iniciativa: la Compañía tiene que organizar ya un servicio de ayuda a refugiados. Y es que la noche anterior había escuchado la noticia de barcos vietnamitas que navegaban sin rumbo por los mares sin que en ningún puerto les diesen asilo. Y a Arrupe, se le removieron las entrañas. Fue una visión que, a la luz de lo que estamos viviendo en Europa y en todo el mundo en los últimos años, nos resulta enormemente profética. El Padre Arrupe reafirmaba, en línea con la más pura tradición ignaciana, que el amor no se ha de poner en las palabras, sino que se ha de traducir en acciones concretas de justicia.

En poco tiempo el JRS se expandió con fuerza por África (en la región centroafricana de los Lagos), América Latina (especialmente en Centroamérica), Asia (en los países del sudeste asiático e Indonesia) y, paralelamente, en los países del llamado primer mundo, receptores de inmigración, tanto en la Unión Europea como los Estados Unidos.

Pero hubo mucho más. Su impulso llegó a todos los continentes: desde los problemas sociales de América Latina, pasando por los problemas raciales en Estados Unidos, hasta los problemas de la evangelización e inculturación en Asia y África. Y también pudo apoyar las diferentes tareas que caben en el apostolado jesuita: el trabajo intelectual teológico y el científico, el trabajo social de investigación o de acción en la misión obrera europea o en los Centros Ignacianos de Acción social de América Latina, los colegios, las revistas de todo tipo y el nuevo mundo de los medios de comunicación, que comenzaban ya a globalizar la comunicación social.

Leer los signos de los tiempos es atributo de personas dotadas de una inteligencia excepcional. La experiencia mística de Arrupe le confirió además un conocimiento interno de la novedad que Dios traía consigo para ese nuevo tiempo. A partir de ese ejercicio de acogida del Espíritu, pudo orientar a la Compañía sobre cómo poder adentrarse en él.





Pedro Miguel Lamet

ARRUPE

TESTIGO DEL SIGLO XX, PROFETA DEL XXI

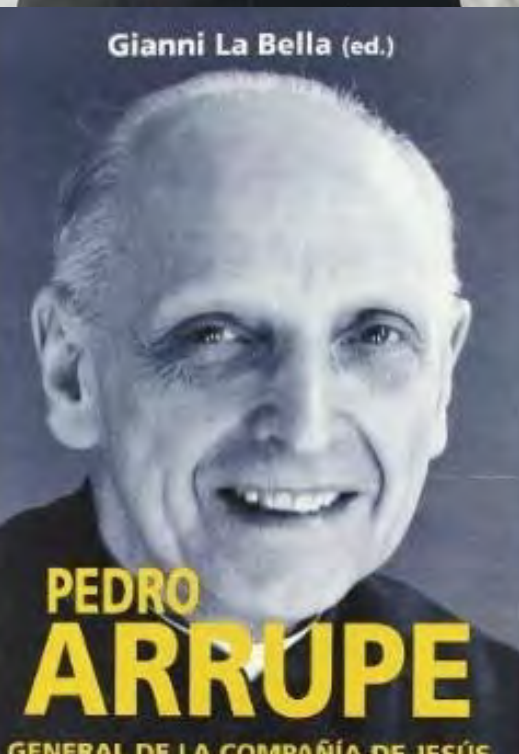


JOSÉ A. GARCÍA, SJ (ed.)

Pasión por Cristo,
pasión por la humanidad

Escritos del P. Arrupe sobre la vida religiosa

Mensajero 100 años



Gianni La Bella (ed.)

**PEDRO
ARRUPE**

GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Biografías y obras sobre
el P. Pedro Arrupe

- LAMET**, Pedro Miguel, 2014. *Arrupe. Testigo del siglo XX, profeta del XXI*. (Reedición revisada de la primera edición de 1989). Ediciones Mensajero.
- MOLLÀ**, Darío (ed), 2015. *Pedro Arrupe, carisma de Ignacio*. Ediciones Mensajero – Sal Terrae – Universidad Pontificia Comillas.
- IGLESIAS**, Ignacio, 2010. *Misionero. Breve semblanza de Pedro Arrupe*. Ediciones Mensajero – Sal Terrae.
- LA BELLA**, Gianni (ed), 2007. *Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús. Nuevas aportaciones a su biografía*. Ediciones Mensajero y Sal Terrae.
- MAIER**, Martin, 2007. *Pedro Arrupe. Testigo y profeta*. Sal Terrae.
- GARCÍA**, José A, 2007. *Orar con el Padre Arrupe*. Ediciones Mensajero.
- ALCOVER**, Norberto, 2001. *Padre Arrupe: Memoria siempre viva*. Ediciones Mensajero.
- CALVEZ**, Jean-Yves, 1998. *El Padre Arrupe, profeta en la Iglesia del Concilio*. Ediciones Mensajero.
- GARCÍA GUTIÉRREZ**, Fernando, 1992. *El Padre Arrupe en Japón*. Ediciones Guadalquivir.
- LAMET**, Pedro Miguel, 1989. *Arrupe, una explosión en la Iglesia*. Ediciones Temas de Hoy.
- MARTÍN CLEMENS**, Eduardo, 1989. *Pedro Arrupe. Testigo creíble de la justicia*. Ediciones Paulinas.
- CALVEZ**, Jean-Yves; ELLACURÍA, Ignacio; ALCALÁ, Manuel; BAMBERGER, Stefan; O'KEEFE, Vicent T; RUSH, Robert T; SEIBEL, Vitus, 1986. *Pedro Arrupe. Así lo vieron...* Sal Terrae.
- PÉREZ GÓMEZ**, Ángel A., 2016. *La sonrisa de Arrupe. Una biografía en imágenes*. Ediciones Mensajero.
- BERZOSA**, Miguel y PÉREZ GÓMEZ, Ángel A., 2007. *Arrupe (cómic)*. Ediciones Mensajero.

OBRAS DEL PADRE ARRUPE

- GARCÍA, José A. (ed), 2015. *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad. Escritos del P. Arrupe sobre la vida religiosa*. Ediciones Mensajero.
- ARRUPE, Pedro, 1982. *La Iglesia de hoy y del futuro*. Compendio de intervenciones y escritos. Ediciones Mensajero.
- ARRUPE, Pedro, 2013. *Memorias del Padre Arrupe. Este Japón increíble*. Ediciones Mensajero.
- ARRUPE, Pedro, 1983. *En El solo.....la esperanza*. Ediciones Mensajero.
- ARRUPE, Pedro, 1991. *Yo viví la bomba atómica*. Ediciones Mensajero.
- ARRUPE, Pedro, 2002. *Aquí me tienes, Señor. Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965)*. Ediciones Mensajero, 2002.
- ARRUPE, Pedro, 1981. *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*. Editorial Sal Terrae.
- ARRUPE, Pedro, 2015. *Hombres y mujeres para los demás*. Cristianisme i Justícia.
- ARRUPE, Pedro, 1969. *Misión y desarrollo*. Ediciones San Pablo.
- ARRUPE, Pedro, 1972. *Ante un mundo en cambio*. Hechos y dichos.
- ARRUPE, Pedro, 1972. *Compromiso social*. Apostolado de la prensa.
- ARRUPE, Pedro, 1972. *Nuestra vida consagrada*. Hechos y dichos.
- ARRUPE, Pedro, 1973. *El testimonio de la justicia*. Promoción popular cristiana.
- ARRUPE, Pedro, 1978. *Hambre de pan y de Evangelio*. Editorial Sal Terrae.
- ARRUPE, Pedro, 1978. *La vida religiosa ante un reto histórico*. Editorial Sal Terrae.
- ARRUPE, Pedro, 1978. *Experiencia de Dios y compromiso temporal de los religiosos*. Publicaciones claretianas.